

ORUGAS, MARIPOSAS Y BICHOS RAROS

Relatos de un adulto autista

Peter Red Razolo

*A Andrea, que camina conmigo en la vida
aunque a veces me cueste seguir su ritmo.
La roca que me sostiene, la brisa que me calma,
el amor que me da aliento.*

*A Carol y Scotty, quienes me enseñaron
el verdadero sentido de la amistad,
y sin las cuales este libro tampoco existiría.
Las extraño antes de conocerlas.*

Impreso en Santiago de Chile
por Autores Editores en 2021

Ilustración y diseño de portada:
Lucía Martín Gómez / Instagram: @luxsketch

ÍNDICE

Introducción.....	7
I. Compañero nuevo.....	9
II. Me duele el pecho	14
III. Niño prodigio.....	19
IV. El mejor premio que pude ganar.....	24
V. “Al agua, pato”.....	31
VI. Capitana Marvel me cambia la vida	37
VII. Antofagasta	43
VIII. Orugas, mariposas y bichos raros	49
IX. Una hormiguita me picó el corazón	53
X. Mi televisor de bolsillo	58
XI. ¿Cómo pedir ayuda?.....	63
XII. “¿Qué será, que será, qué será?”	68
XIII. Soy autista.....	72
XIV. ¿Quién hizo el gol?.....	76
XV. Amigo imaginario	81

XVI. Soy tu madre y te lo digo.....	86
XVII. “Uní Uní”.....	90
XVIII. “Repitan el partido, por favor”.....	94
XIX. Final	99

Introducción

Este no pretende ser un libro terapéutico ni nada parecido. Cuando empecé a sospechar que tenía Síndrome de Asperger (ahora ya se le considera dentro de los trastornos del espectro autista), empecé a escribir un blog para volcar todo lo que estaba sintiendo y testear, de cierto modo, si alguien podía sentirse identificado y ayudarme o recibir ayuda de mi parte.

Después de avanzar un tiempo, creí que podía hacer un libro resumiendo mis experiencias, todo lo que viví en la época en la que ni siquiera sospechaba cómo era yo, cuando me sentía diferente al resto pero sin saber por qué.

Esa fue la idea. Contar experiencias, mostrar qué siente un adulto de más de 40 años cuando empieza a percibir que sus diferencias tienen un sentido, una explicación. Es un alivio y es una carga, a la vez, que es lo que trato de presentar en estas páginas.

Alguna vez leí, en un blog que se llamaba “Háblale a las Mariposas” —el primero que encontré y el que más me movió el piso—, el salto de oruga a mariposa. De la persona autista que se siente perdida, extraña, en una piel que no le pertenece; y que termina convirtiéndose en otra cosa, que en realidad es la aceptación de sí mismo y de su entorno. Así lo sentí yo, al menos, que empecé este libro sintiéndome como un bicho raro, pero que ya me veo como oruga. ¿Mariposa? No sé si alguna vez llegue a serlo, no sé si estoy encaminándome hacia allá, pero sí sé que hay un proceso dentro mío, y eso es lo que quiero contar.

Narro, por ejemplo, la suerte de tener una esposa neurotípica, que ha aprendido a entender mis rarezas y, sobre todo, a aceptarlas. A amarme así, con mis rutinas inamovibles, con mis angustias, mi ansiedad permanente, mi incapacidad para aceptar de buena gana los cambios.

Relato, también, mis dificultades para hacer amigos y, sobre todo, para mantenerlos. Mis enormes ratos de soledad, mis crisis de angustia por querer tener otra vida y el siempre presente problema de autoestima, que me corroe cada vez que las cosas andan mal.

Y, por cierto, también están mis verdaderos amigos, los que me movieron de un modo que terminó en esto: en un nuevo Héctor, con algo más de confianza, con algo más de fe en sí mismo, pese a que muchas veces se cae, pero que ahora cuenta con gente en la cual puede confiar.

Agradezco a todos quienes me han apoyado. A mi esposa, sobre todo; a Capitana y a Scotty, que han sido la vitamina para mi camino; a Blanca y a todos mis “rivales” en los juegos, a mi familia, mis compañeros de trabajo y, en especial, a mi terapeuta, que me mostró todos los caminos que podía recorrer y que me orientó a dar esos primeros pasos.

También decidí utilizar un seudónimo, en medio de una sociedad que aún sigue mirando con temor, burla o menosprecio a quienes viven con un trastorno de este tipo. Mis jefes, mis compañeros, mis cercanos no saben quién soy de verdad y no quiero que lo sepan.

La elección del nombre la entenderán mientras leen el libro. Esta es mi historia. Bienvenidos a ella.

I

1989

Compañero nuevo

En octavo básico, mi familia decidió cambiarme de colegio. Hasta séptimo estuve en un liceo público, en el que mi papá hizo clases toda su vida, pero al año siguiente me cambié a uno subvencionado, para tratar de obtener mejor educación.

Fue un cambio duro. No solo porque a los 12 años tenía que conocer a nuevos compañeros, nuevos profesores y adaptarme a una realidad diferente. También fue cuando empecé a viajar en micro para llegar a clases y no caminando, como hasta séptimo. Y, sobre todo, ya no tenía el “paraguas” de mi papá como profesor, que me hacía sentirme más protegido, ni mi mamá, que durante un par de años atendía el quiosco del liceo.

La experiencia no fue buena.

Partí sacando la mejor nota en la prueba de matemáticas y me empezaron a mirar con recelo. Continué sin decir garabatos ni malas palabras. Y ni siquiera había cambiado la voz, como la mayoría de mis compañeros.

Era muy tímido. Eso creía entonces, cuando ni siquiera sabía de la existencia del síndrome de Asperger o de los trastornos del espectro autista. Y no sabía defenderme de los ataques. A uno de mis compañeros se le ocurrió que yo era gay y empezó a difundir ese rumor incluso delante mío.

“Es el maricón del curso”, decía a viva voz. Y no sabía qué ni cómo responder.

De a poco fui adaptándome. El fútbol, una de mis pasiones, me ayudó. No era malo para jugar, me defendía como arquero y eso me abrió una puerta para hacer “conocidos”. Amigos nunca tuve en el colegio, en el sentido más correcto del término,

pero sí podía sostener conversaciones con varios de quienes compartían clases conmigo, aunque a otros nunca les dirigí la palabra y no me interesaba hacerlo.

Así fue avanzando mi vida escolar. Era el mejor del curso, con diferencia, salvo en Música, Arte y Educación Física, y si bien eso no ayuda a ser popular, sino más bien te convierte en el “nerd”, igual permitió que gente revoloteara a mi alrededor para que les ayudara en las pruebas o en los trabajos grupales.

Me gustaba una niña en octavo básico. Como a todo adolescente, claro. “Dile, dile”, me alentaban algunos, los que estaban más cerca.

Y le dije.

“¿Eso no más me querías decir?”, me preguntó, con un tono que me heló. Sería todo.

Tiempo después, ella misma me pidió que le ayudara en una prueba, que le pasara una respuesta, algo que nunca me gustó hacer... “¿A mí no me vas a ayudar? ¿A mí?”, me desafió. Fue peor que el rechazo inicial.

Años después, recuerdo otro momento doloroso. Mejor dicho, humillante.

Era clase de gimnasia y no tocaba salir a dar cinco vueltas a la cuadra, como acostumbraba hacer el profesor. Tampoco eran los 50 abdominales en un minuto que costaban el 7. No, quiso innovar y sacó unos viejos cajones para hacer salto en caballete.

A mí me daba miedo (aún, supongo, porque nunca más lo volví a intentar), así que le pedí al profesor no hacer el ejercicio. Me dijo que bueno, pero que le ayudara sosteniendo el caballete para evitar cualquier posible accidente.

Así lo hice. Me paré junto al cajón de saltos, afirmándolo como tesoro precioso. Me sentía útil, pero la alegría me duró un par de minutos, hasta que uno de mis compañeros —nunca supe quién fue— me tocó el trasero al pasar por detrás mío luego de un salto.

Luego, vino otro. Y otro más. Hasta que al final todos empezaron a imitar la gracia; mientras yo trataba de esconderme bajo tierra. No supe qué hacer, si gritar, si irme, si pegar una patada